

Exposición

ARATA ISOZAKI

Museo Municipal de Albacete

Del 31 de enero al 23 de marzo de 1997

Pensaba Antonio Averlino, de sobrenombre "Il Filarete", que el arquitecto no es el padre, sino la madre de la criatura arquitectónica. Y estampa de madre, universal, reposada e indulgente, es la de Arata Isozaki que preside esta muestra, sin duda opulenta, de sus croquis y proyectos, realizados o no, maquetas y realidades virtuales.

El material es impecable: y splende en calidad y cantidad. Si acaso, se echa de menos algún indicio fotográfico de lo realmente fabricado. Pero es obvio que, en la intención de los promotores de esta maternal y egregia figura, lo que cuenta, y se ofrece por consiguiente, es el universo mental del maestro en estado virgen: la razón pura de su arquitectura.

Desde ella, el genio, nacido en Oita, Japón, hace 65 años, irradia en ondas que cubren el planeta y aspiran a desbordarlo bajo la especie de árboles cósmicos cuya dimensión se anuncia interestelar. Y es curioso: para aquellos que amamos lo humano más acá del humanismo, en el centro de esas ondas, esto es en Oita, se aloja, sin aspaviento, lo mejor, quizá, de Isozaki.

La Nueva Biblioteca de Oita en Fukuoka data del 95 y resume el humanismo que hace de Isozaki el habitante de medio mundo en un tiempo récord. Porque ¿de dónde le viene al maestro esa capacidad sobrenatural de respuesta omnisciente, sino de los libros?

Su arquitectura guarda los libros y, en justa correspondencia, los libros guardan su arquitectura. Ellos son, con su paisaje de cultura y su geografía de ideas, los dones que hacen de Isozaki, o mejor, de sus criaturas, variaciones de un único personaje que, como el Zelig de Woody Allen, se identifica con el locus

como un hijo de vecino, consanguíneo de la más pura cepa.

El locus de las fábricas de Isozaki no es real, sino de cultura: y el escenario de la muestra así lo delata. En sus raíces, los árboles de Isozaki, emblemáticos y de apariencia evasiva, son genealógicos. Y sus genealogías lo son de arquitecturas y tradiciones de arquitecturas. Sus savias son, en

efecto, Makintosh y Wright, Le Corbusier y Mies, Loos y Venturi.

En un solo caso, sin embargo, Isozaki da rienda suelta al guiño deliberado: y es tal vez el menos consistente. Al complejo Tsukuba en Ibaraki, el prurito de cultura lo sofoca. Pero cabe la duda de si el propósito auspiciaba ese sarampión. En todo caso y como genio eminentemente maternal, Isozaki provee y, como la divina providencia, aprieta pero no ahoga.

Y en un solo caso, me parece, ese cultismo cauto y providente, de libro pero eficaz, cede a los elementos y a su desamparo, y erige, entre la espada del mar océano y la pared de una civilización degradada, junto a la legen-

daria Torre de Hércules, en La Coruña, una fisura que a la vez es frontera de humanidad y buen tino. Como si, en la Domus, Galicia hubiera desarmado a Japón.

Anotemos, para terminar, que, con exquisito acierto de depurado márketing, al retrato de la madre Isozaki, de útero fecundo, le precede, frente a frente, el de Hiroshima.

Es el prelude perfecto para que, a la vuelta de la suprema desolación, la fe, tan malparada, en la Arquitectura no decaiga: porque —viene a decirnos Isozaki— hombre es Don Juan que, a querer, volverá el palacio a hacer encima del panteón. ■

Joaquín Arnau Amo

